

MARTA JIMÉNEZ SERRANO
Los nombres propios



¿Quién es Belaundia Fu? Es la mejor amiga de Marta a los siete años: la amiga invisible que, en esos momentos en que las cosas no salen como había planeado y ni siquiera la abuela es capaz de consolarla, se sienta con ella y espera hasta que se le pase. Belaundia Fu es la voz sensata, ideal e infalible que, cuando Marta tiene dieciséis años y pese a que prefiera no escucharlas, le dice las verdades a la cara: por ejemplo, que ese chico, Charlie, no le conviene. Pero cuando Marta ya ha cumplido veintidós, cuando ya se ha licenciado, cuando está empezando a tomar las decisiones que van a marcar el resto de su vida, ¿qué hace aún ahí Belaundia Fu? Ahí sigue porque es quien, desde siempre, le narra a Marta su propia historia. ¿Quién es Belaundia Fu?, nos preguntamos; y, sin embargo, la pregunta que verdaderamente importa es: ¿quién es Marta? Luminosa y emocionante, *Los nombres propios* es una indagación sobre la identidad y la relación que establecemos con el mundo que nos rodea. Dominada por una voz narrativa de una madurez excepcional, la primera novela de Marta Jiménez Serrano reflexiona acerca de cómo llegamos a convertirnos en quienes somos, sobre el hecho mismo de crecer y la manera en que lo hacemos: aprendiendo a nombrar aquello que nos importa.

Para mis padres, que un día quisieron que yo
existiera.
Y para Juan, que lo quiere todos los días.

Huelga decir que lo que estoy a punto de describir no tiene existencia real. [...] Yo no es más que un término útil para referirse a alguien que no existe.

VIRGINIA WOOLF

BELAUNDIA FU

Te miras los pies, que son pequeños, pero a ti no te parecen pequeños: te parecen simplemente tus pies. Los llevas despacio hasta el borde del trampolín azul, descolorido por el sol. Los juntas. Das un pasito más y tus dedos, que son pequeños, sobresalen y se quedan en el aire, asomándose a la piscina brillante. Pero por qué iban a ser pequeños, si son simplemente tus dedos. Miras al frente y el sol te hace fruncir el ceño. Tienes la piel seca; seca y morena, y solo llevas puesta una braguita de bañador con volantes y estampado de cerezas que está descolocada y enseña una nalga blanquísima. Al fondo, el césped, que también está algo seco. Los aspersores. El cielo, brillante como la piscina y azul como el trampolín. El calor intenso. El silencio tan poco habitual.

Te imaginas que llevas un bañador rosa de cuerpo entero, como los de las mayores. Te pasas las yemas de los dedos por el pecho plano y la tripa y el ombligo, y te lo imaginas: un bañador como los de las mayores. Te apartas el pelo de la cara. Abres los ojos y vislumbra a la grada levantándose, eufórica, aplausos, aplausos y más aplausos. Aplauden con sus manos grandes, grandes como lo serán las tuyas algún día, como deberían llegar a serlo, porque la gente crece y al crecer ellos les crecen también las manos.

Te tiras a la piscina.

Atraviesas el agua de golpe. Te pones tú también un poco azul y un poco brillante. Se te empapa la piel y el pelo se te esparce como si estuviera hecho de un material distinto. Tu pelo. Es liso y suave, y mamá intenta hacerte dos coletas, pero se te acaban deshaciendo y vas despeinada.

Tu pelo. Dentro de ocho años te lo vas a cortar a lo chico. Dentro de ocho años y catorce minutos te vas a arrepentir. Dentro de dieciséis años vas a sufrir un desamor y le vas a decir al peluquero: «Haz lo que quieras». Y lo hará. Dentro de veintidós años —veintidós años, que son más del triple de los años que tienes ahora— te vas a descubrir una cana en la sien. La achacarás a un enero estresante. Quedará oculta bajo tu flequillo. Tendrás flequillo. Tu pelo seguirá pareciendo de un material distinto cuando te metas debajo del agua, como ahora que se esparce en todas direcciones. El sonido exterior se mitiga. Estás en el mundo y no, y eso te gusta.

Cierras los ojos con fuerza, porque odias abrir los ojos debajo del agua. Si los abres, te escuecen por el cloro y no ves nada. Notas las burbujas que salen de tu nariz y buceas hasta donde haces pie. Las puntas de tus dedos rozan los azulejitos del suelo. Tus dedos que son pequeños, pero no: son del tamaño exacto. Sacas la frente. Sacas las orejas. Te detienes a la altura de la barbilla escuchando el silencio total de esta siesta de agosto. Te aburren las siestas. Te aburrirán siempre. Mentira: un día te parecerán el momento perfecto para el sexo. Pero hoy el sexo no existe y te aburren las siestas. Todos están dormidos y ni el aire ni el agua se mueven a tu alrededor. Yo te miro como tú te miras. Observas desde fuera tu cuerpo submarino. Absorta, miras tu mano deformada. Qué extraña es. No llegas con los pies al suelo desde las sillas ni a las perchas aunque estires los brazos. Eres pequeña. Pero cómo vas a ser pequeña si no eres pequeña, si ese es para ti tu tamaño natural. De repente, el sobresalto.

—¡Me cagüen el copote santo y adora! ¡Mira que os tengo dicho que a la hora de la siesta no os bañéis!

La abuela. La abuela descalza y sin gafas agitando su mano en lo alto de la escalera. Como si no lo supieras. Parece mentira que no te hayas preocupado al menos de no hacer ruido.

—¡Pero abuela, que ya sé nadar!

—¡Ni sé nadar ni sé nadar! ¿Y el niño?

—¡Y yo qué sé!

—¡Sal ahora mismo de ahí! Y que no te vuelva yo a ver tirarte al agua a la hora de la siesta.

Se da media vuelta y se va. El niño, el niño. El satélite gorrinero, lo llama. Qué culpa tienes tú de que el niño tenga apenas un año. Sales del agua, subes las escaleras. Y qué tiene que ver el niño con que te bañes a la hora de la siesta. Pisas varias veces en cada escalón para dejar huellas de agua, como en *101 Dálmatas*. Qué culpa tienes tú de ser la mayor. Culpa, ninguna. Estás cansada ya de ser la mayor y solo tienes siete años. Para lo responsable que eres, qué poco te gusta la responsabilidad. La que no has elegido tú, al menos. Si pudiera avisarte. Si pudiera decirte: Ve haciéndote a la idea, porque vas a ser la mayor siempre. También dentro de ocho años, cuando te cortes el pelo —ay, si alguien mayor que tú te hubiera dicho que no era buena idea—, y dentro de dieciséis, cuando llores contra la almohada —si alguien te hubiera explicado—, y dentro de veintidós, cuando te salga una cana —ese enero en que sabes que estás sola—, vas a seguir siendo la hermana mayor.

Entras al salón chorreando y la abuela riñe a tu prima muy bajito, porque también ha perdido de vista al niño. Tu prima te mira como diciendo «mira que eres tonta» y la abuela sigue su mirada hasta el umbral de la puerta y se posa en ti:

—¡No entres aquí mojada!

Lo grita bajito. Cuando está contenta eleva la voz y cuando está enfadada se contiene. Al revés que papá. Sales al porche y te quedas de pie. Te secas rápido, pero eres impaciente. Aún con gotitas de agua por el cuerpo te cueles en la cocina a por un yogur de fresa. Los mayores se van despertando. Ellos llegan a los yogures sin taburete. La merienda. Atraviesas el revuelo de gente que cruza el salón en busca de una cucharita o de una raja de melón. La abuela

se acerca sonriendo, te agarra la cabeza con las manos y te planta un beso en la frente.

—¡Qué tunanta estás hecha, madre mía!

Vives ajena a todo, nos das envidia. Vives en tus pies pequeños y en tu pelo liso y en el salto que das para tirarte al agua, y la abuela, ay, la abuela abriendo un ojo en mitad de la siesta, escuchando el golpe de tu cuerpo contra el agua, sin saber si eres tú —con tus pies y tus manos y tus piernas y brazos en su tamaño exacto— la que se está tirando a la piscina. La abuela preguntándose cuál de todos sus descendientes está ahora en el agua. ¿Se ha caído o se ha tirado? ¿Es de los que saben nadar o de los que no saben? La abuela levantándose de un salto, atravesando el salón como una flecha y encontrándose tu cara feliz dentro de la piscina. La abuela que se enfada y se alivia, y tú ajena a todo menos al agua, al sol, al yogur de fresa que ya te has terminado y que le das a la abuela sucio y vacío a cambio de su beso para ir otra vez camino del agua.

—¡Ay!

—¡Para!

—¡Dámelo!

—Espera.

Hace apenas cinco días Simba y tú os disputáis una cinta de cassette. Forcejeáis por encima del niño que, sentado en su sillita para el coche, duerme ya babeándose el hombro. «Espera», le dices. Miras a papá fijamente. Lo señalas con los ojos. Mamá corrobora tu indicación:

—En cuanto estemos en la autopista ponemos la música, diez minutitos y la pongo. ¿Queréis agua?

No queréis agua.

—¿Queréis una galleta?

Tampoco. Queréis la música.

—Bueno, vale. Una galleta, sí.

Llegar al Huerto es complicado. Mamá rebusca en una bolsa grande que lleva a los pies, pero papá la interrumpe.

Papá conduce con la espalda recta, pone el brazo en el asiento del copiloto para dar marcha atrás, se incorpora con velocidad a las autopistas. Papá conduce como todos los padres, pero tú no lo sabes, porque solo has visto conducir al tuyo.

—A ver, por favor, vamos a centrarnos. Dime qué salida es.

—Todavía queda un rato...

—Pero ve atenta, que aquí me lío siempre.

Papá conduce pero mamá dirige. Papá levanta la mano derecha del volante y señala a la carretera y a los carteles azules de la autopista como si fueran culpables de algo. Mamá se yergue, abandonando su búsqueda, y pone intencionalmente su mirada en la carretera.

—Ve poniéndote en el carril derecho, si quieres.

Simba y tú os miráis y os decís con la mirada: no va a haber galletas, tampoco. Papá pone el intermitente e intenta cambiar de carril, pero pasan muchos coches.

—¡Es que encima no veo, coño!

No ve por el retrovisor porque lleváis el maletero hasta arriba. El verano es muy largo. Mamá le pone una mano en el hombro. Tú suspiras y miras por la ventana. Simba adopta una estrategia más radical. Se desabrocha el cinturón y empieza a dar golpes en el respaldo del asiento del conductor.

—¡Quiero la mona! ¡Quiero la mona! ¡Quiero la mona!

Con sus gritos el niño se despierta, escupe el chupete que sale lanzado al suelo y se echa a llorar. Simba no cesa —«¡Quiero la mona!»—, tú los miras. Tus dos coletas, tu camiseta de Mickey, tus zapatillas apoyadas en la mochila que llevas a los pies.

—¡Joder, es que así no hay quien conduzca!

Mamá se desabrocha el cinturón y se da la vuelta. Le abrocha el cinturón a Simba y le dice: «Ponemos la música si te portas bien». Simba no se calla. Papá grita al volante que no gritéis. «¡Yo no estoy gritando!», gritas tú. Mamá

tantea el suelo y al fin encuentra el chupete. Se lo mete en la boca para limpiarlo. Se lo pone al niño, que se calla también. Te mira: «Dame la cinta». No sabes que Rosa León es una señora. Cuando lo lees en la carátula del cassette siempre te imaginas una rosa y un león. Mamá se gira y pone la música. Cuando comienza a sonar «La mona Jacinta» Simba se calla, al fin. Simba canta: «La mona Jacinta / se ha puesto una cinta / se peina, se peina / quiere ser reina». Luego cantáis las dos: «Ay, no te rías / de sus monerías / de sus monerías». Papá se ha pasado la salida de la autopista. «No pasa nada, cogemos la siguiente», dice mamá. «¡Me hago pis!», dice Simba. «¡Yo también un poco!», dices tú. «Y tú ofreciéndoles agua», le reprocha papá a mamá. Mamá está a punto de enfadarse, pero no lo hace. El universo implosiona si mamá se enfada. Enfadarse es el papel de papá.

Cuando os quedáis los tres dormidos papá pisa el acelerador con contención y con premura. Es un pequeño milagro que hay que aprovechar. Mamá se come ella una galleta María.

Duermes con la frente apoyada contra la ventana, y tras el cristal pasan campos secos, amarillos y calurosos, algunas estaciones de servicio, gasolineras, un motel con la silueta de una chica dibujada en neón rosa y con la M de motel apagada. No lo ves, porque vas dormida, pero si lo hubieras visto la chica te habría recordado a las Barbies de Simba. Habrías pensado que solo pone *otel*, y que se escribe sin hache. Pasan los atascos y las salidas que hay que tomar, pasa la cinta completa de Rosa León, pasan los kilómetros y desciende el tanque de la gasolina.

Se despierta primero el niño y sus movimientos os despiertan a vosotras. Se te ha deshecho la coleta derecha. Miras a tu alrededor y parece que hubiera pasado algo más que los kilómetros. Papá, visiblemente contento, extiende su brazo derecho hacia atrás. Ponéis alternativamente vuestras manos, tan pequeñas, en su mano cóncava, y papá adivina de quién es cada mano. Lo adivina siempre. Papá, que

vuelve de trabajar por la noche, pone el puño sobre tu frente y cierra los ojos. Papá que adivina lo que has comido ese día. El retrovisor. El menú escolar colgado con un imán en la puerta de la nevera. Papá que lo sabe todo. Sabe ya, incluso, cómo llegar.

—¿Queda mucho?

—Quedan diez minutos.

Mamá también está contenta. Baja la ventanilla y se pone las gafas de sol. Mamá que va a ver a su propia mamá. Hace apenas cinco días. «¿Podemos bañarnos nada más llegar?», «¿Y beber Trina?», «Y nos vamos a acostar tarde, ¿no?». Podéis hacerlo todo. Algo ha pasado, además de los kilómetros y las estaciones de servicio. Papá y mamá abandonando la ciudad y las obligaciones, entregándole su prole a los abuelos, papá en bañador haciendo el tonto sobre el trampolín, mamá echándose una siesta de tres horas en el sofá reclinable del abuelo, la cinta de cassette que empieza por quinta vez en bucle cuando aparece ante vosotros la cancela de la entrada del Huerto.

—¡Abuela, vamos a por coques!

Das órdenes como si el mundo te perteneciese, como si el mundo terminase en la cancela de la entrada. ¿Y no te pertenece, acaso? ¿Hay algo más? Hay algo más. Lo sabes porque a veces se cuele por la tele. Hoy, por ejemplo. Estás desayunando en el taburete alto un Cola Cao con muchos grumos y tostadas blanditas. No hay tostador en el Huerto y la abuela te las hace en la sartén. El salón es tuyo; te gusta levantarte pronto porque el salón es tuyo. Solo estás con la abuela, que hace gazpacho en la cocina. Aún no lo sabes, ahora solo miras fijamente a Oliver y Benji mientras masticas. Pero un día vas a creer que el amor es eso: compartir un espacio haciendo cosas distintas. Cómo vas a saberlo ahora, si eres puro pelo despeinado y esa camiseta que te queda grande y las bragas contra la madera del taburete. Pero un día lo creerás: dos soledades en un mismo

espacio. Ella corta tomates y tú ves los dibujos y al cabo de un rato llega tu prima. ¿Te gusta esa ruptura de tu soledad? No lo vas a saber nunca. Te lo digo con ternura, no es una amenaza. Nunca lo vas a saber. Dentro de ocho años y de diez y de doce, tantos viernes sin saber si quieres salir o quedarte en casa, si pijama o pintalabios, si amigos o libro. Esa relación extraña que tienes con la soledad y que con veinte años te va a parecer nueva, porque de ti depende organizar tu vida social. Pero no es nueva, se remonta a esta mañana en el Huerto en que quieres el salón para ti y también hablar con otra gente. Estás entre tu necesidad de soledad y tu afán comunicativo, y ahí seguirás estando. Serás una equilibrista. Una acróbata.

Llega tu prima y mira la pantalla, y crees que te va a decir que cambies de canal, pero no, se queda mirando fijamente la tele, plantada en mitad del salón, abre mucho los ojos, abre mucho la boca, señala con el dedo.

—¿¡Se ha muerto Lady Di!?

Te mira como si la hubieras matado tú. Y tú qué sabes.

—No sé, llevan poniendo esas letras blancas toda la mañana.

El rótulo corrido desliza en la parte inferior de la pantalla la información de última hora.

—Qué fuerte. Quitá.

Te quita el mando, el taburete y los dibujos. Eso mismo piensas tú: qué fuerte.

—¡Abuela! Que se ha muerto Lady Di.

La abuela llega y mira con atención la tele. Sostiene la jarra de gazpacho en una mano. La otra mano se la lleva a la frente.

—¡Uuuuuuh! ¡Lady Di!

—¿Pero la conocemos? —preguntas. Me haces sonreír. También al resto.

—Que no, tonta, que es la princesa de Inglaterra. Bueno, la mujer del príncipe.

—¡La exmujer! —Puntualiza la abuela—. Sube, sube el volumen.

Las dejas mirando la pantalla y vas a ponerte el bañador. Cuando papá y mamá se levantan también hablan de Lady Di, todo el mundo habla de Lady Di, te pasas tres días viendo películas sobre Diana. Hace apenas unos minutos no sabías ni quién era y ahora sientes que tienes que estar muy conmocionada. Te da una cierta rabia y una urgencia retroactiva llegar tarde a la historia. ¿Ves? Hay más mundo: se cuele por la tele. Te resulta extraño que tantas cosas hayan empezado sin ti, y haces un esfuerzo por coger el ritmo y estar ya en la vanguardia de los acontecimientos. Por eso, cuando al fin se despierta tu hermana pequeña, que es siempre la última en levantarse, le dices con estudiada contundencia: «Es muy fuerte, se ha muerto Lady Di», y te burlas un poco de que no sepa quién es Lady Di. Lady Di, por favor, si es superconocida.

—¡Abuela, vamos a por coques!

Lo dices como si el mundo te perteneciese, y en cierto modo te pertenece. Menos lo que se cuele por la tele. La abuela te obedece. Desde el día en que naciste —hace ya siete años, te lo han contado, naciste y era sábado y era la una y media—, se convirtió en tu abuela y aún no está muy claro si la obedeces tú a ella o ella a ti. Tú crees que la obedeces a ella, pero desde fuera no es tan evidente.

Te lanzas cuesta abajo en dirección a los árboles frutales.

—¡Ten cuidao, no te vayas a caer!

Te sigue rezagada. Coloca al pie del árbol el cubo azul y te pasa, uno a uno, los albaricoques. Ella llega, tú no. ¿Ves cómo eres pequeña? ¿Pequeña en relación a qué? En relación a los árboles frutales. Volvéis a la casa sonrientes. Laváis en el grifo de la piscina un par y os los vais comiendo por el camino. Cuesta arriba ella camina más deprisa que tú, y eso que carga el cubo.

—¡Pies listos! —te dice, y tú aceleras a pasitos cortos.

Le das vueltas al hueso con la lengua. Lo enseñas orgullosa: «Mira, limpito, limpito».

En la casa todos os celebran el botín. «¡Qué pinta tienen!», «¡Y cuántos hay!», «¿Están buenos?». Ofreces, solemne, tu veredicto.

—El mío estaba muy bueno, pero a la abuela le gustan los albaricoques pochos.

—Tú Nala, tú Rafiki, tú Mufasa, tú Simba y yo Scar.

—¿Y las hienas?

—De momento, nos las imaginamos.

Vas señalando a las primas y asignándoles su papel. Para ti reservas los malos, que son tus preferidos: Scar, el Capitán Garfio, Maléfica, Cruella de Vil. Las dos coletas están medio deshechas. Las volteretas, las carreras. Llevas un bañador amarillo con elefantes de colores y unas gafas de bucear rosas sostenidas en la frente, y también un collar de plástico verde. Tienes dos rayas de indio pintadas en cada mejilla.

—¿Pero por qué yo soy Nala si me llamas Simba?

—Eso no tiene que ver con la obra. Eso es así de cuando naciste.

No recuerdas el día en que llegaste al hospital a conocer a esa niña que iba a ser —que era ya— tu hermana. Ni siquiera sabías lo que era una hermana. Te llevaron al hospital y te auparon y te asomaste a la cuna y la viste, y seguiste sin comprender lo que era una hermana. Aún hoy no lo sabes. Dentro de diez años vas a escuchar su voz procedente de uno de los cubículos del baño del colegio, vas a entrar y a ver su cara de susto y las braguitas manchadas y vas a ir en busca de una compresa. Desplegando las alas y quitando el papelito para descubrir el adhesivo —las dos metidas en aquel váter pequeño— vas a empezar a entender lo que es una hermana. Pero ahora no lo sabes.

Papá la llama *Ruby Pretty* porque tiene caracolillos dorados, pero tú sabes que esos caracolillos no son de *ruby* ni

de *pretty*, sabes que es una melena de minileón. Y ese leoncito que es tu hermana lo es desde el día en que te dijeron «Ha nacido tu hermana» y te llevaron al hospital y te asomaron a la cuna. Sentiste la presión de representar una escena enternecedora, la misma presión que sientes siempre que te ponen un bebé delante. Pero hay expectativas con las que no sabes cumplir. La miraste. Ella sí que era pequeña, de eso no había duda, pequeña de verdad: los pies, la pulserita de papel en el tobillo, el bostezo y esa marca roja en mitad de la frente. Te devolvieron al suelo y la bautizaste.

—Es Simba.

Se rieron.

—Eso es una manchita que le ha salido al nacer, pero luego se quita —explicó papá.

—Es del fórceps, ¿no? —preguntó la abuela.

—Sí, pero eso se va enseguida. Es del esfuerzo de nacer, ¿sabes?

Qué te importaba a ti el esfuerzo de nacer, ni el fórceps, ni nada. Te pareció natural la marca roja en la frente. Como Simba. Pero eso era de nacimiento. En la obra de teatro le toca Nala, porque le pega más.

—No es tan difícil de entender, ahora eres Nala aunque te llame Simba —te frustras.

Lo recuerdas con nitidez: la cunita, el hospital, la mancha, su bautismo. Y sin embargo, dentro de diez años descubrirás que es un recuerdo imposible, que *El Rey León* llegó a España dos años después que tu hermana pequeña. Acaso verías la marca del fórceps en un álbum de fotos, acaso la bautizarías más tarde, poco importa: lo recuerdas así, lo recuerdas en el hospital, lo recuerdas claramente como nunca fue.

—Y tú ¿por qué eres Scar, si llevas rayas de indio?

Te impacientas. Cómo puede ser que no lo entiendan. El día de la función te harás la cicatriz de Scar, obviamente, pero ahora solo eres tú, eres tú de normal, quienquiera que